

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Nuestra gente

I

Cuadernos del Archivo de la Universidad **21**

Lima, 2000

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

- Presidente : José Agustín de la Puente Candamo
- Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

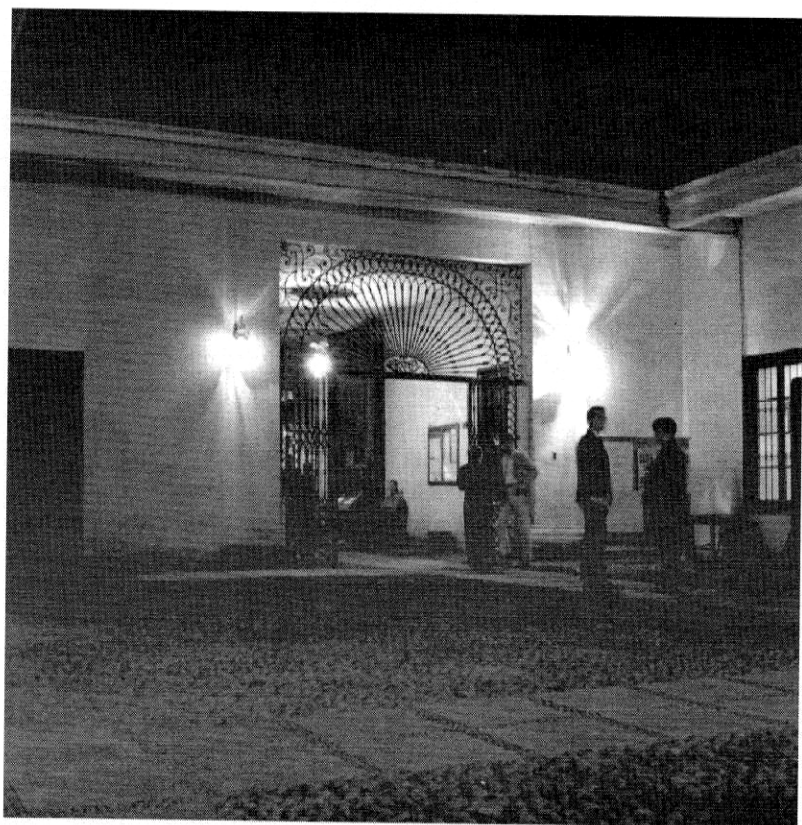
Nuestra gente ofrece, en sucesivas entregas, semblanzas de los miembros y de los amigos de la Pontificia Universidad Católica del Perú que contribuyen desde 1917 al ser y al hacer institucional.

Pontificia Universidad Católica del Perú

Nuestra gente: I

– Lima: PUCP, 2000.

56 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad: 21)



Patio de Letras
en el anexo de la Plaza Francia
Lima, 1966
(Foto por José Gushiken)

Presentación

Asumí una cátedra de Lengua Española en la Católica en setiembre del 48. Se perfilaba entonces la vecindad de una niebla democrática. Conocí entonces a Raúl Ferrero y a Mario Alzamora. Pocos meses después, a César Arróspide. Tiempos más tarde, frente a la evidente presencia de algunos colegas fue afianzándose el rostro de algunos muchachos: movidos, curiosos, inteligentes, mostraban orgullosamente cuánto había hecho por ellos la secundaria: eran buenos lectores y pronunciaban sin miedo nombres para muchos desconocidos (Sartre, Camus) y magullaban algunos pasajes de *La agonía del cristianismo* de Unamuno. El árbol que centraba las conversaciones en el gran patio de la Plaza Francia aseguraba que nuestras charlas fueran fructíferas y, sobre todo, rotundamente confidenciales. Más allá de la casa, en los cuarteles, se anunciaban voces que no eran de esperanza.

Estos largos cincuenta años han servido para que mente y corazón de cada uno se vean poblados de presencias generosas. La vida universitaria ofrece constantes muestras del quehacer quodlibético: conversaciones unos días pausadas y otros días entusiastamente solemnes, enjundiosas siempre, anuncian que nuestra tarea es persuasiva y se nutre de lectura y reflexión. En este arduo trajín estamos juntos profesores y estudiantes. Nuestro espíritu va consagrando, con el tiempo, enseñanzas, voces, semblantes. En estas páginas inaugurales de la colección se lee el nombre de muchos con cuya amistad me he beneficiado significativamente. Algunos de ellos fueron alumnos destacados en el aula y su sonrisa franca nunca dejó presagiar que tenga ahora que evocarlos con tristeza. Pero así es también la vida universitaria: tropezarnos todos los días en el campus, en la biblioteca, en los jardines, en las aulas y descubrir, el día menos pensado, que ese cúmulo de afectos estaba

destinado a que la memoria, como ahora, se vea reforzada por el recuerdo y la gratitud. La universidad, no lo dudemos, es un vasto campo de presencias permanentes. Presentes están cuando estudiamos, cuando investigamos, cuando persistimos. Presentes también cuando recordamos. *¡Gaudeamus igitur!*

Luis Cisneros

Luis Jaime Cisneros Vizquerra
Profesor principal
Departamento de Humanidades

Gerardo Alarco Larrabure

Luis E. Bacigalupo Cavero-Egúsquiza

Mi amigo César Gutiérrez Muñoz ha tenido la gentileza de pedirme una nota sobre el padre Gerardo Alarco Larrabure. El tono personal de estas líneas forma parte del pedido de César y es algo a lo que gustosamente accedo.

El padre Gerardo fue mi profesor de *Filosofía Medieval* a mediados de los años setenta. Por aquel entonces yo carecía de los elementos de juicio que me hubieran permitido apreciar la influencia que ejercía sobre nosotros, en especial sobre aquellos estudiantes que solíamos ir a su casa después de las clases a conversar sobre estilos arquitectónicos o sobre la música de Wagner, mientras contemplábamos las imágenes en sus libros de arte o escuchábamos las arias en su viejo tocadiscos marca *Telefunken*. Durante años, el padre y yo cultivamos una hermosa amistad que discurría a través de reiteradas visitas a su casa y largas caminatas nocturnas por los malecones de Miraflores o a veces también los de Barranco. Conversábamos mucho, sobre temas muy variados, aunque preferentemente sobre San Agustín, y si bien el detalle de esas conversaciones se ha perdido para siempre, me consuela creer que, en parte, soy producto de ellas.

No puedo decir que fuera uno de sus tópicos predilectos, porque en realidad pocas veces hablaba de sus experiencias en Europa durante la guerra mundial. Pero yo disfrutaba mucho cuando lo hacía. Creo que lo que más me gustaba era observarlo concentrado en las mismas viejas y buenas anécdotas, trabajadas por él casi como si fueran temas musicales, que, desde luego, fueron explorando variaciones con el paso de los años. El padre Gerardo llegó a Europa en febrero de 1938. Todavía no se había ordenado sacerdote y pasó un primer semestre en Alemania. Luego fue a París, donde debía hacer sus estudios de teología en el seminario de San Sulpicio. La guerra lo sorprendió cuando visitaba a su hermano Antonio, que era el cónsul peruano en Hamburgo. Los dos hermanos viaja-

ron a Amberes con la idea de embarcarse al Perú; pero, por razones que nunca tuve claro, finalmente Gerardo decidió quedarse en Europa.

La ocupación de París, en junio de 1940, obligó al seminario de San Sulpicio a trasladarse a Limoges, y, luego de unos meses, a Lyon. Allí se concentran las mejores anécdotas: Las pequeñas esquirlas de granada que lo hirieron en la cara en una plaza de Lyon (esa era una de mis favoritas); una dramática huida de la población hacia el campo cuando se supo de la llegada inminente de unas tropas sanguinarias, ya no recuerdo precisamente qué tropas; los afanes de los curas de San Sulpicio por esconder de los nazis a fugitivos de todo tipo en el convento; su azaroso retorno al Perú a través de algún puerto español, me parece que Santander, si la memoria no me engaña.

Pero Europa, en las conversaciones del padre Gerardo, no tenía la cara de la guerra sino de la teología. Indirectamente, Hitler había convertido a la Facultad de Teología de los jesuitas de Lyon en la cuna de la *Nouvelle Théologie*. Nombres famosos de esa escuela eran mencionados una y otra vez por el padre, y se hallaban también en los estantes de su biblioteca: el primero de todos Henry De Lubac, su maestro, y junto con él Jean Daniélou, Hans Urs von Balthasar, Yves Congar, Marie Dominique Chenu, Pierre Teilhard de Chardin. Los temas que estos teólogos trataron en Lyon fueron muy controversiales: La revitalización de la teología desde la Biblia y la Patrística; la necesidad de la filosofía contemporánea para la interpretación de la fe; la rehabilitación de Blondel; la historicidad de la verdad; la interpretación de la historia del dogma; la discusión con la filosofía marxista; las relaciones del cristianismo con las religiones no cristianas; el problema del conocimiento de Dios; y algunas cuestiones dogmáticas que resultaban cuestionables desde una óptica moderna, como, por ejemplo, la transubstanciación.

Comprendí con el tiempo que el padre Gerardo se había formado como teólogo en uno de los momentos y lugares más ricos de la producción intelectual católica de nuestro siglo. Estudió en la ciudad cuya teología, tan sólo unos veinte años después, repercutiría

tan fructíferamente en el Concilio Vaticano II. Y en ese mismo ambiente recibió también la influencia del personalismo, así como de la filosofía dialógica de Ferdinand Ebner y Martín Buber.

Cuando entendemos las cosas que hemos vivido, entendemos de una manera nueva lo que ya entendíamos de alguna otra. Me enteré de lo que había sido el ambiente intelectual del padre Gerardo en Francia mucho tiempo después de haber sido su alumno, por él mismo y por lecturas motivadas a partir de nuestras conversaciones. No puedo decir cuándo empecé a atar cabos. Siempre había visto en él los mismos cabos, que desde luego sólo me quedan sueltos a mí, no a él. Vi siempre a un hombre poco interesado en la exposición erudita de sus conocimientos y mucho más volcado a expresar en sus actos cotidianos la formación filosófica y teológica que había recibido; vi en él a una persona transparente que, en su labor universitaria, era un activo promotor de personas antes que de intelectuales; vi a un crítico severo del carácter ideológico de ciertas doctrinas o corrientes de pensamiento; a un entusiasta del diálogo abierto y la confrontación valiente de posiciones contrarias; un enemigo del dogmatismo y la intolerancia.

Recuerdo sobre todo su vivo interés por el movimiento ecuménico como algo estrechamente vinculado con esas mismas actitudes fundamentales. A veces me contaba, siempre lleno de entusiasmo, que acababa de volver de una reunión con alguna personalidad de la Iglesia anglicana o de la Iglesia ortodoxa. Las conversaciones sobre ecumenismo eran reflexiones profundas acerca de lo que verdaderamente implica respetar las convicciones religiosas ajenas.

En su juventud, el padre Alarco había estado suscrito a una revista católica alemana llamada *Hochland*, de la que más de una vez hizo mención en nuestras conversaciones. Según supe después, a través de ella le llegaba información sobre los movimientos católicos alemanes que impulsaban una reforma de la Iglesia basada en la reconciliación del catolicismo con la cultura moderna. Así até algunos cabos más, y entendí su insistencia en los temas de historia de la Iglesia antigua, y su distinción, más insinuada que postulada, entre un catolicismo religioso y un catolicismo político, que obvia-

mente contenía una cierta dosis de crítica tanto a las posturas más conservadoras de la jerarquía eclesiástica cuanto a las pretendidas corrientes vanguardistas del momento.

Tuve también oportunidad de ver al padre Gerardo dedicado con una entrega admirable a la pastoral juvenil. Tanto en las visitas que solía hacer a un centro de rehabilitación en Cieneguilla, a donde lo acompañé un par de veces, cuanto en las que solía recibir en su departamento de Armendáriz. Aquellos eran otros jóvenes, que trataban con él problemas completamente distintos a los que nos preocupaban a nosotros. Eran personas desvinculadas de la vida universitaria, que a veces puede ser tan artificial. Sin embargo, al padre Gerardo siempre lo vi capturado por el carácter único de la relación personal. Para él un mundo no era ajeno al otro, porque creo que la parte más importante de su tarea como maestro universitario fue precisamente la trasmisión de un cierto saber sobre la vida basado en la riqueza del encuentro con las personas.

Pero en el padre Alarco vi, sobre todo, sencillez. Recuerdo que una tarde, hacia fines de los setenta, la conversación giraba en torno a mis frustrados afanes por conseguir la edición inglesa de las obras completas de Hume. Con una espléndida vista de Barranco ante nosotros, le explicaba que para mi tesis de bachillerato yo quería estudiar a fondo esa inconcebible idea de que la causalidad no existe. O el inglés estaba loco o había algo que yo me estaba perdiendo. El padre me escuchaba con paciencia mientras mirábamos el paisaje por su ventana. Luego volteó y me preguntó por qué insistía en Hume si era tan difícil comprar esos libros. Enmudecí, por supuesto. Lo siguiente que supe es que estábamos en medio de la biblioteca buscando la solución de mis problemas; y en uno de sus angostos pasillos, el padre Alarco me presentó a San Juan de la Cruz.

Hice, efectivamente, mi tesis de bachillerato sobre San Juan de la Cruz y no sobre Hume. El padre Gerardo tenía una biblioteca estrechísima y a la vez enorme. Unas ventanas pequeñas en la parte alta dejaban pasar la poca luz que llegaba hasta los lomos y las portadas. En algunos casos era necesario encontrar el haz de luz

para poder ojear un volumen. Desempolvada por una franela siempre a la mano, allí estaba la edición príncipe de las obras del santo carmelita, más una parte de la literatura secundaria que hacía falta consultar para elaborar una tesis. Demás está decir que el padre fue mi asesor.

Y entre una y otra cosa, siempre, otra vez, Europa. Durante muchos años el padre pudo apoyar el perfeccionamiento de sus alumnos en el extranjero. Jamás se le ocurrió hablar de Estados Unidos o de alguna extravagancia semejante. Cuando nos hablaba de aquellas fascinantes posibilidades que a nosotros nos sonaban más remotas que el Juicio Final, no dudaba en sugerir como meta deseable lo que él consideraba el nivel académico y profesional óptimo: Para la filosofía, Alemania, sin lugar a dudas; para la teología, Francia o Bélgica. Hacia 1979 recibí de él la propuesta de hacer estudios de doctorado en Alemania y, junto con ella, me supo transmitir la convicción de que era un reto a mi alcance. Viajé finalmente en 1983. Para entonces hacía mucho que había abandonado mi interés por el empirismo y había puesto mi atención, vía San Juan de la Cruz, en la filosofía escolástica. Fue así como, a la larga, me convertí en medievalista.

El cumpleaños del padre Gerardo era el 13 de febrero. Durante algún tiempo, recordé cada año esa fecha. Al principio iba a verlo los 13 de febrero siempre que me lo recordaba algún compañero de clase; después se hizo un hábito e iba solo; luego con mi esposa, y también, alguna vez, con mi hija; pero, las más de las veces, iba solo. El padre Gerardo nos casó a Cecilia y a mí en 1981 y bautizó a nuestra hija Lucía en 1983. Poco tiempo después nos visitó durante nuestra estadía en Alemania. Ese me parece que fue el último viaje que el padre Alarco hizo a Europa. Nosotros vivíamos por entonces en Münster, y una tarde de invierno nos tocó la puerta. Se quedó con nosotros unos días y, entre otros recuerdos entrañables, nos dejó unas fotos hermosas que le hizo a Lucía, que por entonces tendría unos siete meses de edad.

Al final, en su último cumpleaños, fuimos a saludarlo Cecilia y yo. Él murió en Lima el 23 de abril de 1996, a la edad de 89 años.

Al maestro con cariño *Jorge del Busto Vargas*

Alfredo Gildemeister Ruiz Huidobro

Conocí a don Jorge del Busto Vargas hace casi veinte años, allá por el año 1981, cuando yo era estudiante universitario en el Programa Académico de Estudios Generales Letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú. En aquél entonces don Jorge enseñaba un excelente curso de *Ética*. Los conocimientos filosóficos de don Jorge eran profundos y sólidos. Ello lo dejaba traslucir en sus clases, pues don Jorge, habiendo ingresado a la Universidad Católica con el primer puesto, había sido un excelente estudiante de Filosofía en la Facultad de Letras de nuestra Universidad llegando a graduarse de doctor en Letras, además de abogado.

Don Jorge, nacido en 1916, estudió su secundaria en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en donde obtuvo la Medalla de Oro de su promoción. Don Jorge se dedicó desde muy joven a la docencia en la Universidad Católica, esto es, el año 1937 cuando contaba tan sólo con veintiún años, en donde comenzó siendo catedrático de Sociología y Filosofía del Derecho. Posteriormente, al crearse los departamentos académicos, fue nombrado profesor principal en Humanidades. Fue decano de la Facultad de Letras durante los años 1963 a 1969; director del Programa Académico de Ciencias Administrativas, de 1976 a 1980; y miembro de la Sociedad Peruana de Filosofía. En 1981 la Universidad Católica le concedió la máxima distinción por su trabajo docente al conferirle el título de *Profesor emérito* en Humanidades. En su discurso de agradecimiento, don Jorge se autodefinió como “un simple profesor de filosofía a través de más de 40 años de servicios al claustro”. Estas palabras resumen, en mi opinión, la personalidad de don Jorge: un hombre poseedor de una cultura y de una sabiduría profundas, acompañadas de una gran dosis de humildad, virtud muy difícil de encontrar el día de hoy.

Me reencontré con don Jorge cuando estando a punto de terminar mi carrera de Derecho, en 1986, decidí especializarme en el área del Derecho Tributario y llevar algunos cursos de filosofía en la Facultad de Letras de la Universidad Católica, pues consideraba que debía complementar mi formación jurídica con unos sólidos conocimientos filosóficos. Fue en esos momentos cuando recordé que quién mejor que don Jorge del Busto para orientarme en este sentido y de paso ayudarme a terminar mi tesis de bachiller la cual venía trabajando desde hacía algún tiempo sobre ética tributaria. Lo busqué y lo encontré en su despacho del Estudio Olaechea cuando éste se encontraba situado en el jirón Lampa, esquina con la Colmena, hoy Nicolás de Piérola. Así, pues, tuve mi primer reencuentro con el maestro.

Podría definir a don Jorge como un humanista de primera. Uno de los pocos que aún quedaban en el Perú. En una época como la que actualmente vivimos, de tanta mediocridad y vulgaridad, de tecnócratas y positivismo jurídico, en resumen: de tanto "blaf", en donde todo el mundo es "intelectual" y especialista, que se brilla más por el vacío y poca profundidad que por la calidad intelectual y las virtudes humanas, donde todos los hombres buscan tan sólo honores, nombramientos y títulos, don Jorge era una excepción. Podría decirse que don Jorge hizo honor a la frase "*Et lux in tenebris lucet*" acuñada en el escudo de nuestra Universidad. Él fue una luz en medio de la oscuridad que dio claridad y profundidad al conocimiento jurídico de entonces, el cual se encontraba empobrecido y disminuido por un positivismo aplicado a ultranza.

Como jurista, don Jorge supo darle el verdadero sustento filosófico-jurídico a una rama del Derecho, como es el Derecho Tributario, que aparentemente podía pasar para muchos como la especialidad más positivista o pragmática de todo el Derecho. De ello ha dejado huella en sus excelentes artículos, entre otros, de ética tributaria publicados por la *Revista del Instituto Peruano de Derecho Tributario*. Don Jorge supo aportar a mi tesis de bachiller ese fundamento filosófico de fondo que debe sostener un verdadero sistema jurídico, y con mayor razón en el Derecho Tributario en donde la relación jurídico-tributaria entre contribuyente y Estado debe ba-

sarse en unos principios sólidos y concretos.

Una vez que me gradué de abogado, en 1988, pude trabajar en el Estudio Olaechea al lado de don Jorge por un buen tiempo, compartiendo sus inquietudes y preocupaciones por un sistema tributario peruano verdaderamente justo y equitativo. Nuestro actual sistema tributario no debe olvidar lo que don Jorge me comentó en diversas ocasiones, esto es, observaciones de fondo y de forma como, por ejemplo, que los tributos sean establecidos por el poder legislativo creando tributos con todos sus elementos fundamentales; si bien es importante recaudar los recursos necesarios para alcanzar el bien común de la sociedad civil, la recaudación es un medio y no un fin en sí mismo; se debe recaudar sí pero con equidad sin olvidar los principios fundamentales que enmarcan un sistema tributario con tributos justos y justamente aplicados. Así mismo, don Jorge sostenía que éticamente es inaceptable un sistema tributario que no respeta el mínimo vital que todo contribuyente necesita para mantenerse a sí mismo y a su familia, de allí que extrañe que nuestra actual *Ley del impuesto a la renta* no contemple deducciones por carga de familia como son la esposa e hijos, además de los correspondientes gastos de educación, alimentación, salud, vivienda (cuotas pagadas al Banco por los pagos mensuales por créditos hipotecarios, por ejemplo), etc., deducciones que se incluyen en casi todos los sistemas tributarios en el mundo.

¿Cómo era el don Jorge del día a día? Pues muy simpático. Siempre estaba alegre, bromeando y los que lo conocieron o trabajaron con él, estoy seguro, no pueden olvidar los chistes que constantemente contaba a todo el mundo, incluyendo algunos de grueso calibre, los cuales contados por don Jorge tenían un “algo especial”. Cada vez que yo llegaba al Estudio por las mañanas, era inevitable pasar por la oficina del doctor Américo Geller y encontrarme a don Jorge, cómodamente sentado, contando chistes y comentando los acontecimientos diarios al lado de su gran amigo el doctor Francisco Velasco Gallo. Era inevitable no sumarse al grupo. Ver a los tres amigos reír y con buen humor era una forma muy buena de comenzar el día. La verdad que parecían tres chiquillos planeando alguna travesura.

De otro lado, siempre don Jorge estaba dispuesto a absolver cualquier pregunta o inquietud que sobre algún tema uno tuviera. La claridad de sus respuestas y profundidad de sus conocimientos era una cosa que asombraba. No era el típico abogado, como se dice en la jerga jurídica "codiguero", que tan sólo demuestra un cierto manejo del Código Tributario y demás normas, pero punto. Don Jorge manejaba no sólo la ley sino la doctrina y la jurisprudencia con una facilidad y profundidad pocas veces vistas. El problema, si se le puede llamar así, era que uno sabía a qué hora entraba al despacho de don Jorge, pero no podía predecir a qué hora salía. Las preguntas y los temas afloraban uno tras otro y don Jorge no dejaba de responder y cuestionar con mucha solidez las múltiples preguntas e inquietudes que uno le planteaba. Nunca olvidaré que cada vez que le proponía alguna cuestión complicada, él me miraba con esos ojos embuidos de cierta picardía e ironía, terminando por sonreír y darme la respuesta, acompañada por supuesto, del correspondiente "último chiste que le habían contado". Ahora que lo recuerdo, don Jorge, pese a la confianza de nuestro trato día a día y el tiempo de conocernos, siempre me habló de "usted", cosa que hoy puede llamar la atención ya que todo el mundo se tutea al mejor estilo sajón.

Aún tengo en la memoria el laberinto que literalmente se armaba cada vez que don Jorge llegaba al Estudio por las mañanas o después de almuerzo. Ello debido a que manejaba un auto *Ford* inmenso de color blanco, verdaderamente del "año de la pera", y parquear dicho automóvil era una labor de titanes pues obstruía una calle como si nada. No pocas veces pude apreciar el jirón Lampa congestionado y atracado por el auto de don Jorge, mientras éste ingresaba su auto a la playa de estacionamiento con toda calma. Don Jorge ni se inmutaba ante los griteríos de los diversos taxistas, microbuseros, ambulantes, etc. Ya era parte de un ritual diario y así debían entenderlo todos. Los demás automovilistas debían esperar a que don Jorge, a su ritmo, terminara de parquear su vehículo. Era todo un espectáculo. Desde que lo conocí a don Jorge en los años de Letras, recuerdo el famoso *Ford* blanco estacionado en la playa de estacionamiento de Letras.

La última ocasión que pude ver a don Jorge fue unas semanas poco antes de que falleciera, un sábado en misa de doce en la iglesia de Santa María Reina de San Isidro, en donde algunos sábados solía verlo entre la gente. Íbamos en la misma fila a comulgar. Quién diría que unas semanas después, el sábado 14 de octubre de 1995, don Jorge se encontraría ante otro altar, cara a Dios. Hay un último aspecto que deseo mencionar de don Jorge: su sólida formación católica. Como bien señala su compañero de promoción Luis Montoya Manfredi, en un artículo publicado en el diario *El Comercio* pocos días después de su fallecimiento: “...siempre encontré al amigo bueno, sincero, cordial, honesto. Lo más destacable en él, fue su modestia; por su preparación, inteligencia e integridad, pudo llegar a brillar en su campo: no lo quiso. Rechazó halagos y honores”. Efectivamente, así era don Jorge. Un hombre como muy pocos existen y existirán, en un mundo en que, precisamente, desprecia la honestidad, el honor, la humildad, la profundidad en el conocimiento intelectual y la sabiduría; apreciando sin embargo los halagos y honores que pronto caen en el olvido.

El Perú perdió en don Jorge a un gran jurista y a un humanista de primera. Deseo terminar este breve homenaje a mi maestro, con las palabras con que el mismo concluyó su discurso de agradecimiento en 1981, cuando la Universidad Católica le concedió la máxima distinción por su trabajo docente al conferirle el título de *Profesor emérito* en Humanidades: “He llegado así al final de esta larga exposición que resume más de cuarenta años de mi vida académica. Aunque según el Papa Juan XXIII ‘cualquier día es bueno para nacer; cualquier día es bueno para morir’, quiera Dios concederme algunos años más de vida para continuar sirviendo así un poco más a mi *alma mater* a la que tanto debo”. Dios se los concedió.

Que su vida sirva de ejemplo a todos los hombres que aman el Derecho para que vivan formándose constantemente sin olvidar que una sola cosa es importante: ser hombres íntegros y coherentes de verdad. Don Jorge así lo fue.

José Chichizola Debernardi

Margarita Guerra Martinière

Entre los años 1954 y 1980 es difícil pensar en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y en especial en la Facultad de Letras, el patio de la Plaza Francia y la casona de Riva-Agüero, en la cuarta cuadra del jirón Camaná, sin evocar la silueta de José Chichizola, su risa contagiosa y su afición al *bel canto*. Él fue un humanista por excelencia, pero supo servir a la Universidad allí donde era necesario.

Su trato amable, aunque envuelto muchas veces entre ironía y bromas, a veces picantes, pero nunca mal intencionadas, solía conquistar a quienes por razones de trabajo, estudio o consejo debían tratar con él.

Su vocación por el arte la llevaba en la sangre, quizá por su filiación italiana, y era capaz de transmitir este entusiasmo a sus alumnos, al punto de conseguir que se reconciasen con la Historia aun los más recalcitrantes. Este magisterio lo extendía, insensiblemente a todos aquellos que se le aproximaban. Así ganó más de una vocación para la historia del arte.

José Chichizola Debernardi nació en el Callao el 16 de enero de 1936. Su etapa escolar la desarrolló en el colegio Raimondi, institución que albergaba a todo italiano o descendiente de italianos. Allí conoció a algunos de sus futuros profesores universitarios, como Onorio Ferrero, quien lo ayudaría a descubrir su vocación universitaria y con quien, más adelante, compartiría las cátedras de Historia Universal e Historia de la Cultura.

En 1954 ingresó en la antigua Facultad de Letras de la Universidad Católica, en su local de la Plaza Francia, donde inicia sus estudios de Letras y las charlas en el patio de la Recoleta, que marcaran momentos muy importantes de la vida universitaria de entonces,

cuando no había una cafetería propia.

Huérfano de padre, al iniciar sus estudios universitarios, entra como secretario de monseñor Fidel Tubino Mongilardi, entonces rector de la Universidad. Con él compartió, durante varios años, las vicisitudes por las cuales pasaba la Universidad, que todavía se movía en pequeña y familiar escala.

Perteneció a una generación brillante de la UC, en la cual se encontraban Alfonso Cobián, filósofo, muerto prematuramente; Luis Liceti de la Riva-Agüero, dedicado también al arte y muerto trágicamente; Manuel Moreyra Loredo, abogado y economista, quien llegara a la presidencia del Banco Central de Reserva; Alfonso Castrillón Vizcarra, quien sintió el mismo llamado por el arte que José, entre otros.

Por razones familiares inició los estudios de Derecho, pero paralelamente se contó entre los primeros que junto con Luis Liceti, Teresa Zapata Barrios, Hebe de Rivera y algunos más formaron el Seminario de Historia del Arte en el Instituto Riva-Agüero, en torno al doctor Bruno Roselli, otro profesor italiano, enamorado de los balcones limeños y a quien José, junto con Luis Liceti, Susana Verme Folli y algunos más, acompañaron muchas veces en paseos dominicales desde el hotel Maury por la Lima cuadrada, a la caza de balcones en mal estado, próximos a la destrucción, en una misión de salvataje. En más de una oportunidad debió tomar casi por asalto al camión que conducía al balcón rumbo a su desaparición.

En 1958 volvió a la Facultad de Letras para seguir el doctorado de Historia, pero los estudios de Derecho y el trabajo en el Rectorado hicieron muy difícil mantener la continuidad de los mismos. Así, culminada la carrera de abogado viajó a España en pos de un doctorado en Derecho, pero percibió su incompatibilidad con el ejercicio de la profesión y de regreso al país continuó con el trabajo administrativo, ahora en la oficina de Extensión Cultural, bajo la jefatura del doctor Andrés Ruszkowski y entró a la docencia.

Al crearse la especialidad de Historia del Arte en la Universidad

Nacional Mayor de San Marcos, reinició sus estudios humanísticos, aunque en forma irregular.

En 1967, por un malentendido, renunció a la Oficina de Extensión Cultural, dado que su jefe había sido cesado. Fue reubicado en la Secretaría de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, donde colaboró activamente cuando se produjo la reforma de los Programas de Estudios y fue necesario establecer los Estudios Generales (1969), de acuerdo con los nuevos planes del gobierno revolucionario de la Fuerza Armada para las universidades.

Su interés por el arte no decayó en todo este tiempo, lo cual lo obligó, en 1974 a postular a una beca a España para hacer el doctorado en Historia del Arte, cursos que siguió en la Universidad de Sevilla, donde fue uno de los primeros extranjeros que siguió regularmente dichos estudios, cumpliendo los mismos requisitos que los estudiantes españoles. Ese mismo año, antes de su viaje, sustentó la tesis para optar al bachillerato en Letras sobre *La sillería de coro de la catedral de Lima*.

En Sevilla inicia las investigaciones para su tesis sobre el Manierismo en Lima y debió viajar a Madrid e Italia en busca de las primeras obras de los maestros italianos sobre los cuales realizó el estudio. También contó con material documental del Archivo General de la Nación (Perú). En este trabajo, único sobre la materia, redescubrió a los maestros italianos que trabajaron en el Perú bajo los cánones manieristas: Bernardo Bitti, Mateo Pérez de Alesio y Angelino Medoro, a los cuales sumó al entonces desconocido Pedro Pablo Morón.

La tesis fue sustentada en la Universidad de Sevilla, en marzo de 1976, bajo la asesoría del historiador del arte Jorge Bernaldes Ballesteros, peruano, profesor de dicha universidad, mereciendo la mayor calificación. A su muerte, la PUCP publicó dicha investigación (1983).

De regreso al Perú volvió a la docencia, tanto a la Universidad Católica, como al Instituto Italiano de Cultura, con clases de Histo-

ria Universal e Historia del Arte. Fue también profesor de Historia Universal en la Universidad de Lima y en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón. Dirigió el seminario de Historia del Arte en el Instituto Riva-Agüero, a la muerte del doctor Roselli.

Sin ninguna duda tuvo dos grandes vocaciones que conjugó admirablemente: la enseñanza y el arte y a ambas se dedicó con pasión. Su afición al arte no excluía ninguna de sus manifestaciones: pintura, escultura, arquitectura, teatro, música, cine y artes menores. La música lo vinculó tempranamente al padre Gerardo Alarco, profesor de filosofía, quien desde finales de los años cincuenta solía realizar sesiones de música clásica, convocando a los jóvenes melómanos de la universidad a su domicilio, sobre los cuales, de paso, sutilmente efectuaba una labor de apostolado. Uno de los hábitos, durante varios años fue José, a quien entonces se le conocía más familiarmente como Pepe. Este grupo también acompañaba al padre Gerardo a los conciertos en el Teatro Municipal, donde se ubicaban en la popular localidad de cazuela.

El cine fue otra de las manifestaciones artísticas que cautivó a José, junto con el teatro y supo encontrar en cada una de las actividades artísticas mencionadas la real belleza que encerraban.

La presencia de José Chichizola no estuvo simplemente en el aula o en las oficinas de la PUCP, estuvo también en los diversos espacios por los cuales circulaba; por el afecto, la serenidad, la alegría que transmitía. Estuvo en los patios del Instituto Riva-Agüero, donde en más de una oportunidad habrá escandalizado a algunos investigadores o autoridades porque, como buen italiano, su afición al canto se expresaba con mucha facilidad a través de la ópera o de la zarzuela.

Fue un hombre profundamente religioso porque supo encontrar el valor de lo sagrado, por más que algunas de sus muestras de humor, expresadas en chistes irreverentes, puedan haber escandalizado a más de uno. A partir de 1974 volvió a la práctica sacramental, quizá no con la frecuencia que algunos esperasen, pero tenía una fuerte religiosidad manifestada en su actitud hacia los demás, en la

práctica de una verdadera caridad, no obstante esto en más de una oportunidad le significó graves contratiempos.

Fue probado defensor de la justicia -en especial, de la justicia social-, aunque sin caer en extremismos ni compromisos políticos partidarios porque fue, igualmente, defensor de la libertad y la democracia bien entendidas.

José murió en Lima el 17 de julio de 1980, sin ninguna advertencia, tal como le habría gustado, según dijo cuando lo llevaban a la Clínica *Stella Maris* víctima de un infarto fulminante: "era una muerte barroca". No tuvo una larga agonía, no dio lugar a falsas esperanzas sobre su recuperación. Simplemente se fue.

Dejo consternación y pesar entre sus parientes, amigos y discípulos, pero quedó su recuerdo risueño, animoso, que sigue vivo en la casona de Lártiga y en la Universidad Católica en general.

Onorio Ferrero

Juan M. Ossio

En mi formación académica he podido contar con grandes profesores tanto en el Perú como en el extranjero pero a nadie le debo tanto como a Onorio Ferrero. A decir la verdad, sin su estímulo posiblemente mi recorrido por los estudios superiores hubiera seguido un rumbo distinto y no habría tenido la gran satisfacción de acercarme a los insondables misterios de la creatividad y la comunicación humana.

Durante mi paso por el colegio no puedo decir que desarrollé una gran pasión intelectual. Es cierto que me junté con amigos que sí profesaban estos intereses y que a veces me hacían cambiar, sin conocimiento de mis padres, la rutina de las clases escolares por placenteras tertulias filosóficas que hacíamos en el malecón de Barranco pero no me puedo jactar de haber sido un gran lector de los grandes maestros del pensamiento. Es así, que mi llegada a la universidad fue como la de tantos escolares peruanos: acceder a una profesión liberal para poder ganarme la vida.

No habiendo sido muy bueno en ciencias y matemáticas mi opción obligada tenía que ser una carrera cercana a las letras. Estimulado por mi padre y por mi hermano mayor, el Derecho se me abrió como la oportunidad más plausible. Fue, pues, con esta mira que ingresé a la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1960.

La primera vez que vi a Onorio Ferrero fue en el examen de ingreso. Él figuraba junto a un selecto y exigente plantel de profesores que me examinó oralmente. No sé si sería por la manera en que me examinó pero desde aquel momento se me despertó una gran simpatía hacia su persona. Ésta se acrecentaría en el transcurso de sus clases de Historia de la Cultura donde haciendo gala de una sapientísima erudición nos paseaba por los apasionantes vericuetos

de la historia griega y de otras civilizaciones de la antigüedad.

Tan frondosa era su erudición que algunas veces, por abrirse a una multiplicidad de temas, hasta costaba trabajo seguirlo. Sin lugar a dudas, sus clases exigían atención pero tan interesantes eran las materias que hilvanaba que en mi caso ella fluía espontáneamente. Si a pesar de ello las dudas subsistían siempre quedaba el patio o su oficina en Letras donde con gran generosidad y beneplácito respondía a mis interrogantes.

Como recompensa al gran interés que ponía en su curso las notas de mis exámenes eran altísimas y poco a poco fuimos labrando un sólido vínculo de maestro a discípulo. Tal sería el aprecio que me tomó que al año siguiente, cuando recién cursaba el segundo de Letras, me nombró como uno de sus instructores para que guiara a un grupo de sus estudiantes de primero de Letras en la lectura de un libro sobre el arte griego de Blanco Freijeiro.

El darme esta responsabilidad fue decisiva para descubrir mi vocación por la historia y, posteriormente, por la antropología. Es así, que al terminar mi segundo año de Letras decidí para mi tercer año en la Universidad Católica matricularme en la especialidad de Historia y de Derecho. Finalmente esta última sucumbió a pesar de las airadas protestas de mi padre y su lugar fue tomado por la antropología que decidí cursar en la Universidad de San Marcos. De este modo mi cuarto año de estudios superiores se repartió entre la última de las nombradas, donde inicié la especialidad de antropología, y la Católica, donde continué con mis estudios de historia a la par que incrementaba mi responsabilidad como docente gracias a la creciente confianza que me brindaba Onorio Ferrero.

En mi primer y segundo año en la especialidad de Historia seguí como instructor del curso de *Historia de la Cultura* que dictaba Ferrero en el primer año de Letras. En estas oportunidades el libro cuyas lecturas orientaría sería *La ciudad antigua* de Fustel de Coulanges. En mi tercer año fui ascendido como profesor auxiliar de *Historia de la Cultura* y en 1966, habiéndome ganado la confianza plena de mi maestro, me pidió que asumiese *Historia de la*

Historiografía que era un curso que él había venido dictando en la especialidad de Historia. Paralelamente, la especialidad de Etnología que se iniciaba con el concurso de los profesores Julio Romani y Aída Vadillo, gracias al reconocimiento que me venía dando Onorio Ferrero, solicitó que me encargase en la condición de profesor asociado del curso de *Etnohistoria*.

Aparte de los vastos conocimientos que reunía sobre las culturas antiguas, particularmente de la India y China, sobre el medioevo, el renacimiento, las religiones comparadas, lo que más admiraba en él era su acendrado humanismo ajeno a toda teoría historicista que coactara la libertad de los individuos. Con él me inicié en lo que para los antropólogos es su regla primera: evitar ser etnocéntricos. Es decir, evitar proyectar nuestras propias categorías e instituciones a otros tiempos y otras culturas. Igualmente, aprendí los principales argumentos contra el racismo, el evolucionismo y contra toda teoría reduccionista de la cultura. Gracias a él descubrí a Fustel de Coulanges, maestro de Emile Durkheim y de toda aquella pléyade de extraordinarios pensadores sociales que se aglutinaron en aquel hito fundamental de la antropología y las religiones comparadas que se tituló *Anuario Sociológico*.

Pero quizá el autor que me inculcó con mayor énfasis, al igual que a otros de mis compañeros -como Franklin Pease- que mostrábamos interés en una cultura arcaica como la andina, fue Mircea Eliade. Con este autor comencé a entender los modos de pensamiento y sistemas cosmológicos de culturas antiguas diferentes a los de mi propio mundo. Gracias a él descubrí lo que era un sistema total donde en un mismo conjunto se integraban la religión, la política, la economía y otras esferas que en nuestras sociedades modernas aparecen como compartimientos separados debidos a la especialización. Particular impacto tuvo sobre mí su distinción entre sistemas cíclicos y lineales de concebir el tiempo tal cual la desarrolla en *El mito del eterno retorno*.

Onorio Ferrero De Gubernatis Ventimiglia nació en Turín el 21 de mayo de 1908 y murió en Lima el 6 de agosto de 1989. Cuando tenía unos 22 o 23 años conoció a Benedetto Croce, de quien recibió

una decisiva influencia en su formación intelectual. Como él mismo confesaba repetidamente, durante la Segunda Guerra Mundial participó en la resistencia y fue prisionero de la Gestapo. En julio de 1946 llegó al Perú, donde se quedó para siempre.

Es, pues, mucho lo que le debo a Onorio y no tengo palabras con que agradecerle el rumbo que tomó mi vida a partir de sus enseñanzas. Si de algo estoy seguro es que de haber tomado un camino distinto no creo que lo hubiera podido transitar en medio de tantas satisfacciones.

Alberto Hernández y el Conde de Maldoror en la Bajada Balta

Eduardo Chirinos

“Hijo mío: atiende con ánimo tus negocios durante el día, pero emprende solamente aquellos que no te priven el sueño por la noche”. Releo una vez más esta frase que aparece en la crónica familiar de los *Buddenbrook*, y miro en la niebla que cubre los edificios de Philadelphia otra niebla más lejana y familiar: la que recorre las tardes de invierno en la Bajada Balta, hace dieciséis años. Yo ya me había atrevido a suprimir el “profesor” de nuestro trato, el mismo que sólo admitía nuestros nombres, y con ellos algunas confidencias. Las pocas que podían haber entre un exigente profesor de lingüística y un estudiante de literatura a quien poco le interesaban los arcanos del análisis estructural. Pero eso no era lo más importante: Alberto sabía mejor que nadie que es en el habla cotidiana y en la literatura donde las teorías del lenguaje se someten a las más duras pruebas. Por eso no me sorprendió enterarme que su rigor académico incluyera una pasión humanista, ni que la música tuviera en él un fervoroso oyente y ejecutante (cuentan sus amigos que era un gran intérprete de piano). Tampoco me sorprendió que aquella tarde tan nublada como la de hoy, me confesara que sufría de insomnio.

Nunca había conocido a nadie que sufriera de insomnio. Hacer del crepúsculo un amanecer y del amanecer el comienzo de otro crepúsculo era, para mí, borrar las distancias que obligan al día a separarse de la noche y hacer de la soledad la costumbre más difícil. Ahora caigo en la cuenta de que detrás de sus modales corteses, y de su humor -a veces amable, a veces irónico y burlón, nunca implacable- había una persona dispuesta a convivir con su soledad. Cuando le pregunté cómo ocupaba sus noches, me contestó que leía todos los libros que no podía leer en el día y que escuchaba (bajito para no despertar a Rosa Luisa) toda la música que le prohibían sus actividades diarias. Entonces, como si fuera convocado por esas sombras que Alberto conocía tan bien, apareció en la Ba-

jada Balta nada menos que Isidoro Ducasse, a quien la literatura recuerda como el Conde de Lautréamont.

“Es la historia de un hombre que a pesar de todos sus esfuerzos está condenado a ser malo”, me dijo. Y me dijo además que si pretendía seguir escribiendo poemas *tenía* que leerlo. Entonces me hizo subir a su apartamento y me obsequió un ejemplar de los *Cantos de Maldoror* en la versión española de Julio Gómez de la Serna (el hermano de Ramón). Me hizo notar que la fecha de nacimiento del poeta coincidía con la mía (4 de abril) y que si mis padres hubieran seguido la costumbre de bautizar a sus hijos con el nombre de su santo, no me llamaría Eduardo sino Isidoro, como el ángel negro de París que tuvo la osadía de nombrarse “Conde” frente a un desportillado espejo de afeitarse.

Pero Alberto sabía que si Isidoro (como empezó a llamarme un poco en broma) quería seguir escribiendo poemas, no sólo debía leer a Lautréamont, sino tener otro trabajo que le ayudara a costearse los estudios y disponer de mayor independencia. Así fue como me invitó a trabajar como redactor de *Sinopsis*, revista de la Oficina de Promoción y Desarrollo de la Universidad Católica, que él dirigió desde 1980 hasta su muerte, diez años después. El trabajo era estricto, pero no difícil: se trataba de corregir el estilo de los artículos que enviaban los profesores, recortarlos (sin traicionarlos) para que entraran en los espacios convenidos, y “voltar” noticias institucionales. Una vez terminada la labor podía disponer de una pequeña oficina que daba a los rosales de Dintilhac, y de una máquina eléctrica en la que escribí los primeros borradores de *Archivo de huellas digitales*. En ese libro hay un poema que deja constancia de mi agradecimiento a Alberto por haberme presentado aquella tarde al Conde de Maldoror.

La experiencia de *Sinopsis* me permitió conocer otra faceta de Alberto: la de eficiente y riguroso administrador. Acostumbrados a interpretar a los otros de acuerdo a nuestras carencias y prejuicios, muchos quisieron creer que Alberto aceptó el cargo de director de la Oficina de Promoción y Desarrollo para refugiarse de sinsabores académicos y de la falta de espacio para cultivar su vocación

germanística. Es posible. Pero resulta difícil creer que las actividades administrativas puedan servir como semejante refugio: si hubo algún sinsabor académico éste no pudo haber sido a causa de los estudiantes, pues nadie estaba capacitado como él para comprender sus reclamos respecto de la obligatoriedad de los cursos de lingüística, y su notorio desbalance respecto de los de literatura. Más que la búsqueda de refugio, lo que movía a Alberto era su deseo de ser útil en un terreno en el que muy pocos podían superarlo: el de las negociaciones con institutos extranjeros (de preferencia alemanes) para obtener donaciones e inversiones que beneficiarían a la universidad. Todavía recuerdo a mi profesor de sociolingüística hablando por teléfono en perfecto alemán para convenir con la Fundación Volkswagen el proyecto de las excavaciones de Sechín. Cuando le inquirí sobre dicho proyecto, prefirió contarme que acababa de recibir una invitación del ministerio alemán de Relaciones Exteriores para visitar los más importantes centros de investigación de la República Federal Alemana. Con él eran cinco los germanistas hispanoamericanos invitados.

Alberto no era sólo un gran ejecutivo. O por lo menos esa otra actividad no hizo que los claustros alemanes olvidaran el talento que desplegó durante sus años como estudiante de filología germánica en Friburgo. El mismo año que realizaba gestiones con el gobierno japonés para culminar el edificio del Departamento de Humanidades, aparecía publicado en Berlín *Studien zum religiös-ethischen Wortschatz der deutschen Mystik* (*Estudio sobre el vocabulario ético-religioso de la mística alemana*), libro que confirmaba lo que años después dijera su profesor y amigo Hugo Steger: "Alberto Hernández fue uno de los muy pocos germanistas latinoamericanos conocidos y reconocidos en Alemania". Culpo a su modestia que sus alumnos ignoraran los más importantes logros académicos de un profesor que siempre estuvo dispuesto a ser un interlocutor y un amigo.

Ahora me detengo, y miro a través de la ventana los edificios de Philadelphia envueltos por la bruma. Son las siete y media de la tarde, casi la misma hora en la que Alberto me regalara, hace dieciséis años, los *Cantos de Maldoror*. Ese otro insomne que no supo

(o tal vez no quiso) seguir la exhortación que guiaba a la familia Buddenbrook con la que comienza esta semblanza. Yo la leí en un ensayo de Alberto, escrito tal vez en una de esas noches solitarias que prolongan el crepúsculo sin atreverse a expulsar las sombras.

Emilio Lister Monges

José Antonio del Busto Duthurburu

Emilio nació en Lima, pero creció en Sunanpe, lugar seco, árido y polvoriento del verde valle de Chíncha. El haber pasado allí su infancia lo hizo sentirse chinchano. Sus padres se llamaron Rubén y María Hortensia, vino al mundo el 6 de diciembre de 1917, nació el mismo año que la Universidad Católica.

Ingresó a trabajar en ella el 1 de marzo de 1940. Fue en calidad de portapliegos y lo llevó el doctor Javier Correa Elías, entonces tesorero de la Universidad. A los dos meses de ingresado soportó en el local fundacional de la Plaza Francia el fuerte terremoto del 24 de mayo. Por eso narraba con mucha gracia las reacciones de los alumnos y cómo un catedrático se subió a un árbol del patio tratando de protegerse del sismo.

Desde sus primeros días laborales tuvo en la entrada, pasado el zaguán, su mesita de atención con un letrado que decía: *Informes*. Sentado detrás del mueble su misión era encaminar a las almas perdidas a las distintas dependencias de la Universidad. También corría con el orden y la limpieza del local. Su figura oscura aferrada a una escoba hizo que un cachimbo travieso lo apodara "*fray Martín*", pero el mote no hizo fortuna.

Su físico sí era comparable a fray Martín de Porras. No era mulato, era zambo y él mismo lo confesaba con orgullo de casta al decir: "*yo soy del pelo, soy chinchano, mis abuelos eran de África*". Y al afirmarlo se reía socarrón, contento con haber brindado la innecesaria confidencia: tenía quimba guinea, era propenso a la hilaridad ruidosa, peinaba cabello ulótrico.

Era alegre, decididor, sus ojos eran vivaces, sus frases atrevidas. Él era quien al empezar las clases entraba al salón atestado de muchachos y gritaba: "Ya viene el catedrático... ponerse todos de pie..."

hombres a la derecha... mujeres a la izquierda". Y el salón le obedecía.

Moraba en los altos del antiguo Hospicio de Manrique en la Plaza Francia, local de la Biblioteca de la Universidad. Emilio Lister vivía allí casado con Ernestina Fernández. Los casó monseñor José Dammert Bellido, futuro obispo de Cajamarca y entonces secretario general de la Universidad. La boda fue un acontecimiento. Se ofició en la iglesia de la Recoleta. Madrina fue la doctora Matilde Pérez Palacio, directora de la Escuela de Periodismo, y padrino el doctor José Antonio Miró Quesada, uno de los gerentes del diario *El Comercio*. Sin embargo, el matrimonio fue una gran sorpresa para los contrayentes, pues al tramitar sus partidas bautismales para cumplir con la disposición tridentina, se enteraron que él no era Emilio sino Emiliano y que ella no era Ernestina sino Estela. Se quisieron mucho y, aunque tenían sus pleitos fugaces, fueron muy felices.

Emilio -para nosotros siempre fue Emilio- se ganaba la vida con su trabajo de conserje y también imprimiendo las copias de los distintos cursos. Pedía sus apuntes a los alumnos estudiosos, los imprimía a mimeógrafo, luego vendía las copias a los alumnos ociosos. Muchos de éstos le debían la carrera a Lister, pues nunca tomaban apuntes. Tenía trato cariñoso y amigable, irradiaba simpatía y ubicaba personalmente a todos.

El 1 de julio de 1965 cesó en condición de obrero y fue promovido a la de empleado. Empero, para todos siguió siendo Emilio "el portero" y es que siguió abriendo el gran portón de Letras todos los días a las 8 de la mañana. Nunca quiso renunciar a esta costumbre.

Recordaba al fundador. Conoció bastante al padre Jorge Dintilhac y lo evocaba con gratitud. Sentía por él una mezcla de cariño y de temor reverencial. Alguna vez confesó: *"era un hombre bondadoso de quien siempre recibí consejo y ayuda. Me acuerdo muy bien de él. Recorría cada noche los dos patios de Letras -cuando eran dos- cerrando puertas y apagando luces por orden y economía. Ponía toda su vida en la*

Universidad. Por ello, todos lloramos su muerte. Se llenó el patio, mandaron tropas que debían rendirle honores de ministro de Estado. Pero eso no nos quitó la pena. Eran muchos los recuerdos los que nos unían a él”.

Emilio Lister fue el amigo de todos. Nunca nadie tuvo queja de él. Hacía favores, recibía encargos, transmitía mensajes. Su andar quimboso y pinturero lo perfilaba lleno de animación. Alguien dijo que era la nota alegre de la calle de la Amargura, por lo mucho que transitaba por ella camino del Rectorado (hoy el Instituto Riva-Agüero) portando papeles de la Facultad de Letras. En el trayecto se detenía a saludar, a conversar con los exalumnos, lo abrazaban los profesionales, igualmente los catedráticos y cuando alguna vez fue el rector Fidel Tubino, obispo auxiliar de Lima, quien lo topó en la calle y le dio un abrazo, Emilio luego se arrodilló y le besó la mano.

Se jubiló el 3 de marzo de 1986. A la ceremonia que se hizo para este efecto concurrió el rector José Tola Pasquel, el vicerrector Hugo Sarabia Swett, varios decanos, más catedráticos e incontables alumnos. El discurso de Emilio Lister fue evocador. Se sentía viejo, por eso confesaba necesitar descanso. También dijo agradecido que le era imposible desligarse de la Universidad, que continuaría unido a ella y a su gente porque *“el corazón no se jubila”*. Y añadió: *“Letras fue largos años mi casa... Letras fue mi refugio y seguirá siendo el sitio donde yo regrese a buscar el contacto con la gente joven, que es lo que hace hermosa la vida.”*

Murió en Lima, el 17 de marzo de 1989, antevíspera de San José.

Cristóbal de Losada y Puga

José Tola Pasquel

El ingeniero Cristóbal de Losada y Puga fue un notable científico, ingeniero y profesor universitario. Prestó valiosos servicios a nuestro país en los dominios de la cultura y de la educación, particularmente en las áreas de las ciencias exactas, físicas y tecnológicas, y sus obras y sus actividades dieron impulso perdurable a nuestras instituciones de enseñanza superior.

La Universidad Católica lo considera entre sus más ilustres miembros, no solamente por esos grandes merecimientos, sino también, y sobre todo, por los servicios invalorable que le prestó durante los treinta años, los últimos de su vida, en que mantuvo con ella estrecha vinculación. En especial, debido a su participación, excepcionalmente importante en la fundación y la organización de la Facultad de Ingeniería, la cual, con justo título, lo considera como el más destacado de sus maestros en razón de su brillante labor docente y su generosa dedicación.

Nació el ingeniero Losada en Nueva York el 14 de abril de 1894, hijo de don Enrique de Losada y de doña Amalia Puga, que fuera notable escritora y poetisa. Pasó su niñez y su juventud en la ciudad de Cajamarca, residencia habitual de sus padres, de la cual guardó siempre amables recuerdos. En particular, fue siempre agradecido a la educación que recibió en su ciudad natal. Su padre falleció tempranamente y su madre, según su propio testimonio, tomó parte directa y principal en su educación, de modo que, no obstante su vocación científica y matemática, logró despertar en él un permanente interés por las letras y los temas humanísticos en general. A esa influencia se debió sin duda la sólida cultura y la amplitud de conocimientos que siempre le fueron reconocidos.

De la doble influencia que recibió en sus años juveniles ha dicho: *"Tuve maestros que abrieron mi espíritu a las inquietudes de la ciencia."*

El primero en el orden del tiempo fue don Fidel Zevallos Palmer... sólo le interesaba la ciencia y un poco la historia...su influencia era predominantemente científica... pero por otro lado se agregaba la influencia de mi madre, que me enseñó personalmente gramática castellana, literatura e inglés. Ambas influencias mantuvieron mi espíritu en permanente agitación y me permitieron hacer unos estudios secundarios excepcionalmente equilibrados y completos”.

Según contaba en ocasiones, su decisión de seguir estudios de ingeniería tuvo lugar después de muchas vacilaciones, y sólo la tomó cuando llegó la hora en que era absolutamente necesario elegir una carrera. Pero su determinación fue firme, y desde entonces las matemáticas fueron el objeto central de su trabajo intelectual. Sin embargo, agregaba, enfáticamente, que nunca había perdido el interés por los estudios literarios y humanísticos.

Admitido en la Escuela de Ingenieros en 1913, y terminados sus estudios en 1917, obtuvo en 1919 el título de ingeniero de minas, profesión que de inmediato comenzó a ejercer en el Cuerpo de Ingenieros de Minas, institución de gran prestigio entonces y de mucha importancia para el desarrollo de la minería peruana. En esa institución trabajó hasta 1923. Llevó a cabo, entre tanto, estudios de matemáticas especiales en la Universidad de San Marcos, en la que optó los grados de bachiller en 1922 y de doctor en 1923.

Creo de interés recordar sus juicios acerca de quienes fueron sus maestros en la Escuela de Ingenieros: *“Entre mis profesores de matemáticas -ha dicho- hubo tres que verdaderamente eran de primer orden, amén de otros también muy estimables y estudiosos, pero que influyeron menos en mi formación. Esos tres, citados en el orden en que recibí sus enseñanzas, fueron: **Eduardo Villarán**, eminente profesor de geometría descriptiva; **Carlos I. Lissón**, gran maestro que abrió las ventanas de mi inteligencia sobre los horizontes del cálculo infinitesimal; y **Federico Villarreal**, gran investigador, la primera personalidad científica de su tiempo en el Perú con el que tuve una cordial vinculación y cuya vida, obra e influencia he recordado en artículos, conferencias, folletos, lecciones universitarias, etc. Me precio de ser el hombre que más ha hecho por exaltar la figura de Villarreal.”*

Creo que en esta última aseveración del ingeniero Losada no hay exageración alguna. Quienes fuimos sus alumnos en la Facultad de Ingeniería tenemos vivo recuerdo de las palabras entusiastas con que exponía en sus clases de análisis los trabajos de Villarreal sobre la potencia de un polinomio, y declaraba su convicción de que la fórmula del "polinomio de Villarreal", como él lo llamaba, tenía ventaja sobre la fórmula clásica; y así mismo cuando, en su curso de *resistencia de materiales*, explicaba los resultados obtenidos por Villarreal en sus estudios sobre la teoría de la flexión.

Esas opiniones acerca de sus maestros ponen de manifiesto su generosa disposición a reconocer y exaltar los merecimientos de quienes fueron sus contemporáneos: cabe recordar, por ejemplo, sus agradecidas frases acerca de don Fernando Fuchs, a quien calificó de "*maestro insigne y hombre de inmensa cultura general y técnica*"; y sus juicios sobre el ingeniero José J. Bravo de quien dijo: "*El hombre que más influyó en mi educación científica fue José J. Bravo, profesor no de matemáticas sino de mineralogía y de paleontología, maestro de primer orden, de quien puedo decir que aprendí más que de ningún otro, a trabajar científicamente. Esto se debió a que cuando terminé mis estudios trabajé durante varios años en el Cuerpo de Ingenieros de Minas del cual era director*".

Un aspecto particularmente importante en la vida del ingeniero Losada lo constituyó su labor docente. De él puede decirse que fue un maestro nato, cuya vocación y cuyas aptitudes naturales eran evidentes para los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos. No es posible olvidar la brillantez y la claridad de sus lecciones, aun en las cuestiones más complejas y difíciles; el esmero que ponía en la preparación de sus clases, así como el cuidado con que señalaba los puntos que a su juicio tenían mayor importancia e interés, o aquellos en que descubriría valores estéticos que no son raros en las teorías matemáticas. No faltaban en sus lecciones las referencias históricas y anecdóticas así como las recomendaciones y los consejos. Si bien es cierto que, en el ejercicio de su magisterio adquirió justificada fama de severidad, también es cierto que nadie tuvo razones para quejarse de la justicia de sus decisiones.

Su intensa labor docente comenzó en 1920 en la Escuela Militar de Chorrillos. Duró casi cuarenta años y la realizó en dicha Escuela, en la Universidad de San Marcos y, sobre todo, en la Universidad Católica. Fue en esta última en la que su influencia fue más decisiva, no solamente por la calidad de sus propias enseñanzas, sino también por el empeño con que indujo a sus colegas profesores a elevar, sin cesar, los niveles de la instrucción. En todo momento estuvo guiado por el concepto de que la formación de los ingenieros debe tener como sustento una sólida base matemática y científica, en que a los necesarios conocimientos teóricos se sumen la práctica y la experiencia, que en medida no despreciable deben adquirirse durante el proceso de la formación. Una expresión elocuente de su estricto sentido de responsabilidad en todo lo relativo a la función del maestro, puede apreciarse en un artículo que publicó en la *Revista de la Universidad Católica* con el título "*Exámenes y calificativos*", y que en 1964 fue reeditado por el decano de entonces, el ingeniero Ricardo Rey Polis. Considero que contiene juicios que no sólo tienen interés para la Facultad de Ingeniería, sino que tienen aplicación para todos los centros de enseñanza. El tema es tratado allí extensamente y no intentaré resumirlo. Únicamente citaré aquí un párrafo que pone de manifiesto el fondo de su pensamiento. Dice: "*El establecer los programas o cuestionarios para los exámenes, el recibir las pruebas y calificarlas, figuran entre las más altas, graves y delicadas funciones del maestro; y debe llenarlas con un sentido exquisito de la responsabilidad que contrae. Un maestro o un examinador conscientes de sus deberes, juzgan con una objetividad y un desapasionamiento absolutos las pruebas que rinden los estudiantes, y adjudican a cada cual la nota que en conciencia creen que le corresponde. Desgraciadamente son muchas las personas que no toman las cosas tan en serio; y al recibir y calificar exámenes se dejan arrastrar por una inoportuna, mal entendida y culpable benevolencia.*"

En lo que respecta a las materias que profesó en las instituciones que antes he mencionado me limitaré a recordar los cursos que fueron objeto de sus enseñanzas. Fueron los siguientes: *aritmética, álgebra, geometría descriptiva, cálculo infinitesimal, cálculo de probabilidades, física teórica, mecánica racional, resistencia de materiales y técnica de las vibraciones*. Para algunos de ellos escribió textos cuyas

copias fueron empleadas por los estudiantes, pero que desafortunadamente quedaron inéditos.

La vinculación del ingeniero Losada con la Universidad Católica comenzó en el año 1932, en que el padre Dintilhac convocó al ingeniero José Rafael de la Puente con el objeto de que le prestara ayuda para la fundación de la nueva Facultad de Ingeniería. El ingeniero de la Puente invitó a unirse a él a los ingenieros Jorge Félix Remy y Cristóbal de Losada para que colaboraran con él en ese esfuerzo. A ellos y a algunos más que luego se les unieron se debieron las características que distinguieron desde entonces a la nueva facultad: la excelente organización, la cuidadosa formulación de los planes de estudios y de los reglamentos, la seriedad, la exigencia y el alto nivel de la enseñanza. En todo lo cual fue importante la participación y las ideas del ingeniero Losada no solamente en la fase inicial, sino también durante los años en que ejerció el decanato, después del primer decano que fue el ingeniero Jorge Félix Remy.

En el trabajo de planeamiento y luego en el minucioso cuidado de su correcta ejecución, fue particularmente importante el papel que cumplió el profesor Losada, como colaborador del primer decano, en condición de vicedecano, y luego cuando ejerció el decanato durante quince años. De esa manera tuvo ocasión de poner en práctica su propósito, muchas veces manifestado, de formar ingenieros de primer orden; y puso así las bases de una tradición que los sucesivos decanos pusieron particular empeño en mantener y que perdura en la actual Facultad de Ciencias e Ingeniería.

Los servicios del ingeniero Losada a la Universidad Católica no se limitaron a su decisiva contribución a la Facultad de Ingeniería. Los prestó también en el desempeño del cargo de prorector entre los años 1941 y 1946, como director de la *Revista de la Universidad Católica*, de 1938 a 1945, y como miembro del primer consejo directivo del Instituto Riva-Agüero.

Su compromiso con la Universidad Católica no impidió que aportara valiosa contribución a la educación y a la cultura nacionales

en un ámbito más amplio, es decir, al servicio del Estado: requerido por el Presidente de la República, José Luis Bustamante y Rivero, ejerció el cargo de ministro de Educación Pública desde el 12 de enero de 1947 hasta el 30 de octubre del mismo año; y luego, nombrado Director de la Biblioteca Nacional el 17 de julio de 1948, permaneció en ella hasta 1961, año de su fallecimiento, acaecido en Lima el 30 de agosto.

La producción intelectual de Losada comprende una larga relación de trabajos relativos a temas de muy diversa naturaleza: artículos periodísticos de interés general, exposiciones de carácter técnico y científico, que incluyen sus propias investigaciones, publicadas en revistas nacionales y extranjeras, y sus libros. En total esa relación consta de unos 200 títulos. Desde luego no es posible que dé cuenta aquí de esa abundante producción. Me limitaré a señalar como de particular importancia su obra en tres volúmenes *Curso de análisis matemático* (Lima: Lumen S.A., 1945), que marca una época en la historia de las matemáticas en el Perú. Si bien, como lo manifestó su autor, está fundado en el curso que, con duración de dos años, exponía en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Católica, es en realidad un tratado que excede considerablemente el contenido de dicho curso, y ha constituido por muchos años la obra de consulta y de estudio para los profesores y estudiantes de nuestras universidades. Tuvo además el mérito de ser el primer texto de cálculo infinitesimal que se publicó en el Perú, basado en una concepción rigurosa del número real; y aún, en muchos aspectos, y particularmente por la claridad de las exposiciones, los ejemplos y ejercicios y las notas históricas que contiene, sigue siendo su consulta de singular interés. Digna de admiración es además la calidad tipográfica de la edición que no tiene comparación por su irreprochable calidad con ninguna otra publicación matemática hecha en nuestro país. Ese resultado no se hubiera logrado si no fuera porque el ingeniero Losada, personalmente, se aseguró que se contara con los medios técnicos necesarios para llevar a cabo un trabajo de tanta perfección y que de tal manera honra a la ciencia peruana.

Para dar término a estas palabras mencionaré que el ingeniero

Losada fue miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Lima y de la Academia Peruana de la Lengua, y miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid. Fue miembro, asimismo, de diversas sociedades científicas y técnicas peruanas y extranjeras.

Espero haber logrado mostrar en esta apretada síntesis el importante papel que cumplió don Cristóbal de Losada y Puga en la cultura, la ciencia y la educación peruanas.

Confío, sobre todo, en que estas palabras sirvan en lo posible para que los motivos por los que la Universidad le rinde este homenaje sean tan claros para quienes no lo conocieron o para los que saben poco de él, como son evidentes para todos los que fueron sus colegas y discípulos.

Josefina Ramos Cabredo de Cox

Mercedes Cárdenas Martín

Fueron sus padres María y Alejandro. Nació en Catacaos, Piura, el 17 de marzo de 1927 y falleció en Lima el 14 de julio de 1974. Sus estudios primarios y secundarios los realizó en Piura y Lima. Estuvo casada con el ingeniero Jorge Cox Chenau.

Sus estudios universitarios los realizó en las Facultades de Letras y de Derecho en la UNMSM de 1945 a 1951 y en la Facultad de Letras de la Universidad Católica entre 1948 y 1950, donde en 1951 sustentó la tesis de bachiller titulada "*La Cultura Tallán o Tallanca*" y la tesis de doctorado sobre "*Arqueología de Piura*" en 1953. Su labor arqueológica la desarrolló en Lima y continuó trabajando con datos de la arqueología piurana.

Fue profesora principal en la Facultad de Letras de la Universidad Católica entre 1957 y 1973, en la que dictó el curso de *Arqueología Peruana*. Su labor docente se complementó con experiencias directas mediante visitas a museos, recorridos en sitios arqueológicos de Lima y viajes a yacimientos de la costa. Cuando ya dirigía proyectos de excavación sus alumnos debían asistir algunos días a la excavación para participar y realizar algunas tareas, y manejar material para redactar un informe para el curso. Creo que todos recuerdan vívidamente estas experiencias que significaron un contacto directo con la realidad arqueológica.

Su actividad docente también la cumplió en la Escuela de Bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, enseñando el curso de *Arqueología Peruana* y dirigiendo tesis bibliográficas relacionadas con el tema.

La Universidad la designó como su representante ante el Patronato Nacional de Arqueología, labor realizada desde 1964 hasta 1972. Allí tuvo una activa participación como integrante de varias comisiones que tenían como tarea defender los sitios arqueológicos ante

las invasiones y las destrucciones, especialmente aquellas situadas en el valle del Rímac. Con Rosa Fung presentó al Patronato un anteproyecto para que se crease un Instituto de Investigación de Arqueología a fin de concentrar la información existente y promover proyectos. Ellas propusieron un plan técnico de largo plazo para que el estado apoyase con fondos necesarios a las universidades en la realización de estudios en sitios arqueológicos existentes en las zonas de su influencia académica.

En 1958 el Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica creó el Seminario de Arqueología. Josefina Ramos de Cox fue nombrada directora. Ese año le informaron de la existencia de evidencias arqueológicas en los arenales cercanos de San Francisco de la Tablada de Lurín; luego de un primer reconocimiento y de conversaciones con personas que tenían en su poder varios ceramios, estableció la importancia del sitio y solicitó que la Universidad gestionase un permiso oficial a la Casa de la Cultura para iniciar las excavaciones mediante un proyecto de varios años, con el objetivo de investigar y defender el lugar por el eminente peligro de invasiones que ya se habían iniciado en los arenales de la Tablada. El trabajo empezó en mayo de ese año.

A partir de entonces llevó a sus alumnos de la Universidad para su participación en el trabajo de campo. Presentó ponencias sobre los resultados preliminares de estas excavaciones en el *Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú*, en 1959, afirmando la presencia de una cultura local de la costa central relacionada con las fases tempranas de la Cultura Lima. El Proyecto Tablada de Lurín fue continuado por Mercedes Cárdenas hasta 1989, año que inició la redacción para la publicación que será presentada próximamente.

En 1964 dirigió el Proyecto Huaca Tres Palos, sitio importante ubicado en el Fundo Pando, propiedad de la Universidad Católica. Con un plan de trabajo inicial de excavaciones de doce meses, tuvo como propósito principal determinar las varias etapas culturales del monumento que por estar situado en la zona arqueológica de Maranga ofrecía posibilidades de nuevos datos para la costa central. Los estudios continuaron hasta 1972. Los resultados le per-

mitieron postular que esta huaca, que había sido un centro ceremonial durante el Horizonte Medio local (1,000 d.C., aproximadamente), fue modificada durante la ocupación incaica y en el siglo XVI fue sede de una casa habitación de una familia española según los testimonios encontrados.

En 1965 la doctora Ramos de Cox evitó la demolición de la Huaca Palomino, situada en la avenida Venezuela, cercado de Lima, donde la Beneficencia Pública de Lima había iniciado una urbanización de interés social. Con la autorización del Patronato Nacional de Arqueología gestionó la realización de excavaciones con la finalidad de demostrar la importancia de la huaca y hacer la delimitación respectiva para que figurase en los planos de dicha urbanización. Destacó dos alumnos para encargarse de las excavaciones. Actualmente esta huaca está en buen estado de conservación en medio de la urbanización.

En 1970 la Universidad Católica inició un plan de urbanización del Fundo Pando de su propiedad, en la que existían varias huacas y montículos entre los campos de cultivo. La Casa de la Cultura y la Universidad encargaron a la doctora Ramos de Cox establecer un plan de excavaciones para que durante doce meses se obtuviese información cultural y determinase la delimitación necesaria anterior al trazo de avenidas y calles.

Además de las actividades mencionadas, la doctora Ramos de Cox realizó reconocimientos en la zona de Huanza, en la parte alta de la sierra de Lima, valle de Santa Eulalia (1969), en el valle de Casma, sitio de Jaigua (1968), en sitios tardíos vecinos a León Dormido en el valle de Mala (1969-1971), en la península de Paracas (1969), en Sechura -Macizo de Illescas- para reunir datos y plantear un proyecto relacionado con el desarrollo cultural del bajo Piura. Este proyecto se realizó en 1975 con el auspicio de la Fundación Volkswagen, bajo la dirección de Mercedes Cárdenas. A sus antiguos alumnos nos correspondió ejecutar algunas de las tareas que quedaron inconclusas con su fallecimiento. Fundó el *Boletín* para difundir los resultados de los trabajos del Seminario de Arqueología.

Todas estas actividades relacionadas con su tarea académica siempre tuvieron como fundamento su deseo de servir a los que la rodeaban, a la universidad y a la comunidad en general. Durante diez años trabajé a su lado. Mi primer contacto con la doctora Josefina data de 1964 cuando fui su alumna en el curso de *arqueología peruana* en la Facultad de Letras. Tuvimos que ir al Seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero, donde tenía los materiales arqueológicos de Tablada de Lurín, para dibujar y manejar el material recolectado. En el mes de octubre nos informó que en enero iba a iniciar excavaciones en la Huaca Tres Palos, nos invitaba a participar en esos meses de verano. Los trabajos empezaron el sábado 18 de enero, con ella nos reunimos varios estudiantes que al iniciar las clases en el siguiente semestre, hacíamos turnos para estar presentes en las excavaciones durante todo el año 1964.

Además de las actividades académicas la doctora Josefina tenía otro campo profesional; con su esposo y varios amigos promovieron la fundación de la Cooperativa de Crédito Santa Elisa; ellos tenían los carnés número 1 y 2. Eran los años en que la palabra cooperativa tenía un contenido social muy importante. Además, fundaron la Cooperativa de Vivienda Arco Iris, reunieron a un grupo de empleados y obreros relacionados con la inquietud cristiana que ella postulaba. Actualmente esta cooperativa ha cumplido todos sus objetivos: la vivienda propia y un grupo de familias muy integradas.

La doctora Josefina ayudaba a todos los que acudían por un consejo, rara vez desconfiaba de aquellos que iban a solicitarle favores. Su casa en la Cooperativa Arco Iris era como una oficina de relaciones públicas. De día estaba en la Universidad, de noche atendía los asuntos administrativos de la Cooperativa de Vivienda. Desde 1964 fui testigo de estas actividades porque al regresar con ella del trabajo arqueológico en las Huacas Pando pasaba por su casa para irnos juntas al Instituto Riva-Agüero.

Cumplió con cariñosa entrega su misión de madre, esposa, hija y maestra. Su vida siempre transcurrió entre el campo académico

-con la Universidad Católica a la cabeza- y el amplio y generoso servicio a su comunidad cristiana.

Carlos Rodríguez Pastor

Marcial Rubio Correa

Carlos Rodríguez Pastor nació en Lima el 22 de mayo de 1900. Sus estudios superiores tuvieron una primera etapa de formación teológica y filosófica que fue coronada con su doctorado en Filosofía, obtenido el año de 1920.

Luego siguió la carrera de Derecho, que culminó con el doctorado obtenido en 1936.

Comenzó a enseñar tempranamente en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Allí ocupó cátedra en la Facultad de Letras y en la de Derecho.

A partir de 1931 fue también profesor de la Universidad Católica, y llegó hasta nosotros a pedido del fundador, el padre Jorge Dintilhac, SS. CC.

Ejerció su labor docente hasta el año 1988, oportunidad en la cual el Consejo Universitario de la Pontificia Universidad Católica del Perú lo nombró *Profesor emérito*.

En su dilatada carrera docente enseñó en Letras los cursos de *Lógica, Moral, Ortología, Metafísica y Teodicea*. En Derecho enseñó *Filosofía del Derecho, Derecho de Seguros, Deontología Forense, Derecho del Trabajo, Derecho Penal y Derecho Romano* (este último curso fue suyo durante casi veinte años).

Esta variada gama de materias muestra que Carlos Rodríguez Pastor fue un hombre culto y de intereses profesionales y académicos diversos. Sólo en pocas personas se cultivan simultáneamente un interés equivalente por la filosofía y las leyes sobre seguros.

Su producción escrita refleja también estos variados intereses intelectuales. Entre sus libros jurídicos figuran *Temas de Derecho del*

Trabajo (1946), *Derecho de Seguros y Reaseguros* (1987), *Prontuario de Derecho Romano* (mas de una edición).

En otros temas destacan su *Ensayo sobre el problema de la segunda enseñanza* (1929), y *Lecciones de Filosofía Moral* (1933).

En 1974 ejerció el cargo de Decano de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue una época complicada y de ardorosos debates, pero también proteica en reformas y progreso. Unos años antes, en 1967, fundó la Academia Peruana de Derecho, a la que presidió hasta 1994.

Incursionó en la política. Fue diputado nacional representando dos veces a Angaraes y una a Huancavelica. También ejerció el ministerio de Educación el año de 1955.

Pero su reconocimiento generalizado se ha debido al aporte que hizo al Derecho tanto en su calidad de profesor universitario, como en el ejercicio de la actividad profesional. Allí destaca como uno de los juristas más importantes y dotados del siglo XX.

Carlos Rodríguez Pastor falleció en Lima el 4 de noviembre de 1998 después de acompañar al Perú durante casi todo el siglo XX. No sólo su vida de profesor quedó en la Pontificia Universidad Católica del Perú: su familia decidió donar en 1999 a esta casa de estudios su biblioteca, un busto que lo representa y el escritorio en el que hizo la mayoría de sus trabajos. Nada de este legado estuvo fuera de la Universidad. Don Carlos lo trajo siempre en sus quehaceres y, hoy, sólo ha venido materialmente a nosotros: a quedarse donde siempre estuvo.

Dionisio Ugaz Mont

Liliana Eguren y Richard Korswagen

Creemos, sin temor a equivocarnos, que no hay egresado alguno del Programa de Química de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) que no haya sido alumno del ingeniero Ugaz -como todos le llamábamos- y lo mismo puede decirse de muchas promociones de profesionales sanmarquinos y de algunas otras instituciones. Dionisio Ugaz, docente por vocación y por excelencia, gran y entusiasta impulsor de la Química en el Perú, nació un 1 de julio de 1932 en Chocope, La Libertad; realizó sus estudios escolares en Trujillo e inició sus estudios superiores en Ingeniería Química en la Universidad Nacional de La Libertad, en dicha ciudad. Los continúa, sin embargo, en Lima, y egresa en 1960 de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). El 1964, esta universidad le otorga el título de Ingeniero Químico.

Tan pronto concluye sus estudios de pregrado, Dionisio Ugaz inicia su carrera docente, primero como jefe de práctica de Físico-Química en la UNMSM (1961) y, luego, como profesor en dicha universidad y -por horas- en las universidades nacionales Federico Villarreal y Enrique Guzmán y Valle. En 1966 obtiene el auspicio de la Fundación Ford para seguir estudios de postgrado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México, donde se gradúa en 1968, con mención honorífica, como magíster en Ciencias, especialidad Físico-Química (cabe añadir que durante su estadía en Monterrey, Dionisio Ugaz también ejerció la docencia como profesor de Química General y de Análisis Cualitativo).

Regresa a Lima a ocupar la cátedra de Físico-Química en la Facultad de Ciencias de la UNMSM, con categoría de profesor asociado, primero como contratado y, poco después (1971), como titular, categoría que mantendría hasta 1982, cuando deja sus labores docentes en la Decana de América. En 1970, sin embargo, surgen muchos cambios en la estructura de la educación superior: desaparecen las Facultades y son reemplazadas por los Programas Acadé-

micos, surgen los Departamentos Académicos y los Estudios Generales, entre otras reformas. Coincide con todo este proceso de cambio la gran expansión que, bajo la gestión del R.P. Felipe Mac Gregor, tiene lugar en la PUCP, sobre todo en el área de las ciencias y las ingenierías; la Sección Química y el Departamento Académico de Ciencias fueron creados en 1968, y en 1970 faltaban profesores de Química, tanto para la especialidad misma como para los Estudios Generales Ciencias (EE.GG.CC.). Así, Dionisio Ugaz es llamado a la PUCP en el primer semestre de 1970 para dictar los cursos de *Química General I y II* en Estudios Generales Ciencias -unidad académica de la cual sería, años después, Decano por dos períodos consecutivos (1990-1996)-.

Pero Dionisio Ugaz no fue llamado a la PUCP para dictar cursos básicos de Química en los EE.GG.CC. exclusivamente, pues había una necesidad mucho más apremiante: el primer grupo de seis estudiantes de la especialidad (pregrado) de Química había ingresado en 1969 y, para el segundo semestre de 1971, debía cursar su primera asignatura del área de Físico-Química, para la cual no había un profesor idóneo. Uno de los autores (R.K.) de este *in memoriam* integraba este primer grupo de estudiantes, y nuestra primera impresión del ingeniero Ugaz fue la de un profesor serio, estricto, meticuloso... y un poco lejano a sus estudiantes. ¡Qué fácilmente nos equivocamos los jóvenes! Al poco tiempo descubrimos que el ingeniero Ugaz era todo lo serio y meticuloso que esperábamos, pero tenía un fino sentido del humor y no era nada lejano a sus alumnos: estamos convencidos de que apreció a todos y cada uno de los miles de estudiantes a quienes les enseñó la rigurosidad matemática de la Físico-Química en las diversas instituciones donde ejerció la docencia. Al respecto, baste citar un detalle: cuando el ingeniero Ugaz realizó un viaje de estudios a Bélgica y Alemania (1976), visitó la Universidad de Heidelberg, donde uno de los autores (R.K.) se encontraba siguiendo estudios de postgrado; al encontrarnos, sacó del bolsillo un paquete nuevo de cigarrillos "Premier" (marca elaborada sólo en Perú) y dijo: "*te los traje porque sé que te gustan, y no creo que aquí los encuentres*".

En 1973 Dionisio Ugaz es nombrado profesor principal a tiempo completo en la PUCP, y desde entonces y hasta sus últimos días

dedicó su vida profesional a nuestra institución y, desde ella, a impulsar el desarrollo de la Química en el Perú. El último encargo que tenía, el de revisar y comentar un libro para el volumen XIV, número 1 (junio del 2000) de la *Revista de Química*, se lo dio uno de los autores (L.E.) un viernes; el ingeniero Ugaz contestó: "*el martes lo tienes*". No lo tenemos, para nuestro profundo pesar, el de sus seres queridos, y el de los miles de exalumnos y amigos que tuvo.

Casado con Olga Lock Sing, Dionisio Ugaz fue padre de seis hijos, todos ellos ya profesionales o a punto de graduarse: el ingeniero Ugaz fue tan meticuloso en formar y educar a sus hijos como siempre lo fue en sus clases. Prefería el horario de las ocho de la mañana y, dada su estricta puntualidad, muchas veces entraba al aula antes que llegaran los alumnos. Llenaba la pizarra con sus fórmulas, gráficos y ecuaciones con tal limpieza y orden que merecía ser fotografiada e impresa directamente como un libro de texto: no tenía nada que envidiarle al "*power point*" y, hasta donde sepamos, nunca lo usó. Dionisio Ugaz fue un profesor nato, pero si revisamos su trayectoria profesional, veremos que también fue bastante más. No queremos aquí listar el sinnúmero de certámenes científicos en los cuales participó, generalmente como expositor u organizador, ni las tesis que asesoró o los proyectos de investigación en los que colaboró, sino sólo lo más relevante y muy brevemente.

Su labor académico-administrativa en la PUCP es notable: varias veces coordinador de la Sección Química (1973 - 1976, 1986 - 1990), coordinador de la especialidad para el Programa Académico (y luego Facultad) de Ciencias e Ingeniería (1973 - 1991), miembro del comité asesor del Departamento Académico de Ciencias (cuatro períodos de dos años cada uno), miembro de la comisión asesora del Programa de Perfeccionamiento de Química (1978 - 1986), coordinador de la Maestría en Química (1983 - 1984) y, amén de otros cargos menores y comisiones, es elegido decano de los Estudios Generales Ciencias y miembro del Consejo Universitario en 1990, cargos ambos para los cuales es reelegido en 1993. En un segundo período como decano inició la reforma de los EE.GG.CC., labor que su sucesor ha continuado.

Fuera del mundo académico inmediato ocupó cargos como el de secretario general del Colegio de Ingenieros del Perú (1983 - 1985), presidente de la Sociedad Química del Perú (1984 - 1987), secretario general del Consejo Nacional del Colegio de Ingenieros del Perú (1990 - 1991), y cofundador y primer presidente de la Asociación Peruana de Facultades y Escuelas de Química e Ingeniería Química (1992 - 2000) y nombrado presidente emérito el 22 de enero del 2000, por citar los más importantes. Desde todos ellos se preocupó por impulsar el desarrollo de la Química en el país: organizó congresos, seminarios, cursos y talleres; participó en comisiones especializadas, algunas a nivel internacional, y asistió a muchos certámenes en el Perú y en el extranjero. Huelga decir que todas estas actividades le merecieron importantes reconocimientos, como el ser nombrado *profesor honorario* de la Universidad Nacional de San Agustín (Arequipa, 1994), de la Universidad Nacional de San Luis Gonzaga (Ica, 1995), de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (Ayacucho, 1995) e "Ingeniero del año" (1998) por la Sociedad de Ingenieros del Perú. Como homenaje póstumo, la Sociedad Química del Perú ha acordado que el Congreso XXIV Latinoamericano y Congreso XXI Peruano de Química (octubre 2000) lleven los nombres de Dionisio Ugaz Mont y Juan de Dios Guevara Romero.

Aparte de lo académico, estamos seguros de que todos sus exalumnos guardan recuerdos gratos y muy humanos del ingeniero Ugaz; uno que, sin duda alguna, es común a la mayoría de los egresados de la PUCP es el "cebiche del ingeniero Ugaz", aquel que, a lo largo de más de veinte años, preparaba para el tradicional almuerzo navideño de la Sección Química: el *chef* Dionisio Ugaz compraba el pescado y luego supervisaba a sus asistentes (alumnos) que pelaban y picaban cebollas, exprimían decenas de limones, y limpiaban y trozaban el pescado; luego el *chef* mezclaba todo y daba los toques finales, todo ello en el laboratorio -muy apropiadamente- de investigación en productos naturales. No olvidaremos el cebiche, pero menos aun al ingeniero, lo que nos dio y lo que nos enseñó.

Dionisio Ugaz Mont falleció en Lima el 6 de mayo del 2000.

Ay, Patricio

Alicia Nicolini Iglesias

Desde su oficina en el tercer piso del Centro Dintilhac -quizá la que tiene mejor vista en todo el edificio- Patricio Vargas veía día a día la Universidad con cariño apasionado.

Lo conocí en los días previos a la mudanza de la Administración Central al campo universitario, aunque no tengo muchos recuerdos de él del tiempo que pasamos en las casetas vecinas a la Cafetería Central. Nuestra amistad se profundizó cuando nos mudamos al Centro Dintilhac, y la cercanía de la Oficina de Promoción y Desarrollo con la secretaría del Rectorado era un deleite o un peligro, según el caso.

Patricio se sentía verdaderamente miembro de la casa, no sólo porque había sido alumno de Letras y de Derecho sino porque, como exalumno recoletano, era más de la familia que la familia. No sé cuánto conoció al padre Jorge, pero sentía verdadera veneración por su memoria. Ahora lamento no haber conversado más con él sobre nuestro fundador, pero sin duda Patricio es una de las personas a quienes agradezco haberme enseñado a querer a la Universidad Católica.

Tengo muy clara su imagen: alto, blanquísimo, más grueso que delgado, perfil aguileño, ojos increíblemente azules y pelo bastante rubio. En los últimos años -ya estaba en los setenta y nueve- se le notaba más cansado. Será imposible olvidarme de su carácter, que podía ir desde la más grande de las amabilidades hasta una severa molestia, pasando por diversos grados de indignación. Quizá lo que más lo caracterizaba era su afán por ver a todos y enterarse de las últimas novedades, que recogía y repartía en una casi sistemática visita diaria o interdiaria a otras oficinas.

Patricio era un constante lector de novelas, aunque en algunas ocasiones se negara rotundamente a informar de autor y título. Sus

otras aficiones eran la música -tanto clásica como popular- y, en menor grado, el ballet.

En la Oficina de Promoción y Desarrollo, Patricio tenía varias tareas, que asumía con responsabilidad, preocupación y rigurosa puntualidad. Creo que una de las que llevó a cabo con más gusto fue ordenar un número bastante grande de fotografías de las primeras décadas de la Universidad. Hubiera gozado con el trabajo, ahora en marcha, de hacer la historia oral de la Universidad, y sin duda hubiera estado feliz de ofrecer su contribución a este proyecto. Le preocupaba pensar que las nuevas generaciones pasaran por la Universidad sin haber sabido, al menos algo, de su historia y de quienes la hicieron posible.

Patricio lograba hacer realidad algunas ideas, aunque tuviera que "hilar fino" o usar la técnica del "gota a gota" hasta lograr su propósito. Una de ellas fue hacer instalar en la sala de sesiones del Consejo Ejecutivo, en el entonces muy nuevo Centro Dintilhac, el crucifijo que ahora preside las más importantes reuniones de la Universidad. Él lo había encontrado en un depósito que no sé cómo llegó a visitar.

Otra, más visible para quienes caminan por el campo universitario, fue traer, a principios de los noventa, una pareja para el venado peruano -"taruca"- que había venido por su cuenta del Parque de las Leyendas buscando una vida mejor pero que estaba muy solo. Hoy la familia de las tarucas cuenta con más de una docena de ejemplares. Creo que Patricio no llegó a gozar de los loros ni de las ardillas, pero sin duda le hubieran encantado.

Si caminas por el *campus* y ves un venado que te hace sonreír el alma, ya sabes a quién debes agradecer.

Índice

Presentación, por el doctor Luis Jaime Cisneros Vizquerra, profesor principal del Departamento de Humanidades	5
Gerardo Alarco Larrabure (1907-1996), por Luis E. Bacigalupo Cavero-Egúsquiza	7
Jorge del Busto Vargas (1916-1995), por Alfredo Gildemeister Ruiz Huidobro	12
José Chichizola Debernardi (1936-1980), por Margarita Guerra Martinière	17
Onorio Ferrero (1908-1989), por Juan M. Ossio	22
Alberto Hernández Miranda (1941-1990), por Eduardo Chirinos	26
Emilio Lister Monges (1917-1989), por José Antonio del Busto Duthurburu	30
Cristóbal de Losada y Puga (1894-1961), por José Tola Pasquel	33
Josefina Ramos Cabredo de Cox (1927-1974), por Mercedes Cárdenas Martín	40
Carlos Rodríguez Pastor (1900-1998), por Marcial Rubio Correa	45
Dionisio Ugaz Mont (1932-2000), por Liliana Eguren y Richard Korswagen	47

Patricio Vargas y Vargas (1914-1993),
por Alicia Nicolini Iglesias

51

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Sheyla Prado Guevara
Vanessa Veintemilla Minaya
Archiveras

María Dextre Vitaliano
Administradora

Arturo Fernández Farro
Christian Prada Flores
Diego del Río Figueroa
Jorge Luis Valdez Morgan
Alumnos colaboradores

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Ejemplar N° 211

El número 21 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 30 de setiembre del 2000, quincuagésimo octavo aniversario de la elevación a Pontificia de la Universidad Católica del Perú, en la imprenta PUCP. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.